

44523 Agosta 22/58

BIBLIOTECA DRAMATICA INFANTIL.

LA CARIDAD,

COMEDIA EN DOS ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. ELEUTERIO LLOFRIU Y SAGRERA.

Representada con extraordinario éxito por los alumnos de la
Academia infantil, el 8 de Diciembre de 1867.

La música de los coros es del Sr. D. Antonio Llanos,
profesor de dicha Academia.



1484

MADRID.

IMP. DE D. J. MORALES Y RODRIGUEZ, S. MATEO, 22.
1868.

L47
3702

88-6

BIBLIOTECA DRAMATICA INFANTIL.

LA CARIDAD,

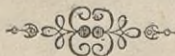
COMEDIA EN DOS ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. ELEUTERIO LLOFRIU Y SAGRERA.

Representada con extraordinario éxito por los alumnos de la
Academia infantil, el 8 de Diciembre de 1867.

La música de los coros es del Sr. D. Antonio Llanos,
profesor de dicha Academia.



MADRID.

IMP. DE D. J. MORALES Y RODRIGUEZ, S. MATEO, 22.

1868.

Eleuterio Llofriu y Sagrera

BIBLIOTECA GRAMATICA INFANTIL

LA CARIDAD

COMEDIA EN DOS ACTOS Y EN VERSO.

ORIGINAL DE

D. FERNANDO GARCIA Y SAGHERRA.

Representada con extraordinario éxito por los señores de la
Academia Infanta el 3 de Diciembre de 1887.

La música de los coros es del Sr. D. Antonio Llanos,
profesor de dicha Academia.



MADRID

IMP. DE D. J. MORALES Y RODRIGUEZ, S. MATA, 22

1888

Recibido en la Biblioteca de la Academia de la Lengua

PERSONAS A LA SEÑORA

D.^a MARIA HERNANDEZ DE HEREDIA.

Almas como la de Vd., en la tierra, inspiran pensamientos como el que envuelve la presente obra, que tiene por objeto arraigar en los niños el germen de las virtudes, y auxiliar, en cierto modo, la dulce misión de la madre con máximas morales y sanos consejos.

Nada mas justo que estampar su nombre de Vd., simbolo de la caridad, al frente de este trabajo consagrado á la infancia.

En nombre de los pobres á quienes Vd. socorrió en la época en que el cólera diez-maba á las clases necesitadas: en el de muchas madres que deben á Vd. la vida de sus hijos, ofrezco á Vd. este tributo, que, si es de mérito literario escaso, la bondad moral de su fondo y el noble deseo que me anima, son gran parte para que me atreva á dedicárselo á Vd. que ha conseguido llevar en su frente la corona labrada por la caridad mas pura, en cuyas hojas brillan las perlas de mas precio, las dulces lágrimas de la gratitud.

Si Vd. se digna aceptar esta débil prueba de admiracion y respeto, tendrá eso mas que agradecer á su benevolencia, su atento servidor q. s. p. b.

Eleuterio Llofriu.

Personajes. Alumnos.

Rosa.....	DOLORS RECIO.
Mariana.....	MATILDE GOMEZ.
Andrés.....	JUAN RECIO.
Alberto.....	JOAQUIN LOPEZ.
Perico.....	JOSE CASTRO.
Pascual.....	LUIS VEGA REY.
Tomás.....	JOSE VEGA REY.
José.....	N. FRANCO.

Marineros, pescadores, gente del pueblo.

Coros de ambos sexos.

La escena en un pueblo á la orilla del mar en el reino de Valencia, año 1865....

La propiedad de esta obra pertenece á su autor y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones, ni en los paises con que haya ó se celebren en adelante contratos, reservándose el autor el derecho de traduccion. Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO.

La escena estará dividida en dos partes: á la derecha del actor el interior de una casa pobre, mesa desvencijada, un armario con un vaso, una jarra, dos ó tres platos y dos sillas sin respaldo.

En el fondo una ventana grande, por cuyo marco se enreda una pasionaria; desde esta ventana se ve el mar: puerta á la derecha del actor, que comunica con la otra parte de la escena que representa:— la costa en donde habrá á cierta distancia algunos arbustos: en el fondo el mar: algunos barquichuelos atraviesan las aguas. Al levantar el telon un grupo de pescadores y marineros están sacando las redes del mar, dentro de las cuales se ven saltar los peces. Algunos chicos traen banastas en donde se va depositando la pesca.

ESCENA I.

En el interior de la casa el TIO ANDRÉS, trabajando en una red de pesca: PERICO se separa del grupo de pescadores y entra en la casa sentándose á ayudar en su trabajo al TIO ANDRÉS.

CORO.

El suspiro de la brisa
nuestras velas llena ya;
no te pares vientecillo
vientecillo de la mar.

Ah... ah...
Brisas, venid,
brisas, llegad,

Mano al remo, mano al remo,
bogad, bogad.
Cómo saltan,
cómo brillan
á la hermosa
luz del sol,
por la pesca
milagrosa
bendigamos
al Señor.

Perico se despide de los compañeros y entra en la casa del Tío Andrés.

PERICO. En mi vida he visto yo
pesca con mayor fortuna.

ANDRÉS. Me alegro.

PERICO. No vi ninguna.

ANDRÉS. Bastaba que tú...

PERICO. Pues no.

Tengo un ojo... vaya un ojo.

Dije: gran pesca ha de ser!

y acaba de suceder.

Vamos... al vuelo las cojo.

(*Se sienta á trabajar.*)

ANDRÉS. Con qué vuelven los valientes

que en el Perú se han batido,

y nuestra honra han defendido

tan bravos como prudentes?

¿Qué, no los envidias tú?

PERICO. Si, mas no quiero la guerra.

Yo estoy en paz en mi tierra;

que otros vayan al Perú.

No porque me falte á mi

valor. Que venga un peruano,

y si le pongo la mano

encima...

ANDRÉS. Vaya que si.

PERICO. Pero de eso á correr mares

y á luchar con los traidores...

ANDRÉS. Perico, no te acalores. (*Sonriendo.*)

PERICO. Es que yo...

ANDRÉS. No te dispares...

Tú eres tímido, y aun algo...

PERICO. Más se me puede temer.

ANDRÉS. Si, que en tocando á correr,

échale á Perico un galgo.

PERICO. Sabe usted que soy capaz...

pero vamos al decir,

si se trata de reñir

me decido por la paz.

Vivir en bendita calma,

lejos de bulla y tropel,
no ambiciono otro laurel,
le basta con eso al alma.
Y esos chicos... Estarán
limosnas y pan buscandol.
Pobrecillos! mendigando
para nosotros el pan.
Nuestro trabajo no alcanza
para vivir, y en su anhelo,
esos ángeles del cielo
son nuestra sola esperanza.
Les dije, quietos aquí,
que todo lo arreglo yo;
y Rosa se me enfadó,
y Alberto dijo: «Alto ahí.
Tú trabajas sin cesar
y hemos todos de comer,
con que déjanos correr
y cuidado con chistar.»
A escape los dos salieron
sin cuidar de mis enojos,
cuando en mis cansados ojos
dos lágrimas advirtieron.
Ángeles míos! que Dios
recompense su bondad:
no quiero felicidad,
si no la hay para los dos
Y se ignora si su padre
ha muerto?

ANDRÉS. Nada he sabido
desde que á casa han venido
después de muerta su madre.
Seis años ha que marchó
el buen Pascual, á la Habana;
quedó aquí su esposa Juana
que ha poco tiempo murió.
Pobres huérfanos, aquí
su amparo en la tierra vieron,
y conmigo padecieron
mendigando hoy para mí.
Qué chicos! el señor Cura
habla de ellos de tal modo
que los quiere el pueblo todo
y socorrerlos procura.
Anteayer, sin ir mas lejos,
comiéndolo á la puerta estaban,
á tiempo que atravesaban
la senda, dos pobres viejos.
Corrieron los dos sin tino.

y á aquellos pobres ancianos
pan pusieron en las manos
para seguir su camino.
Vamos; yo le digo á usted
que á mí me tienen... pues ya,
quien no los quiera, será...
clarito, lo que yo sé.
Mis recelos tengo yo
de que... pero nada digo;
soy malo para enemigo.
Tú enemigo?

ANDRÉS.
PERICO.

No, que no.
Que si he de decir verdad,
hay cerca de aquí... prefiero
callar, porque yo no quiero
los chismes de vecindad.
Mas si un día en esa casa
los tratan con malos modos,
pueden prepararse todos...
¡Ay, si alguno se propasal
No es mi valor solo pico,
que aunque parezca un cordero,
el que toque á quien yo quiero
ya verá quién es Perico.

ESCENA II.

Dichos, ROSA y ALBERTO.

*La primera trae una cestita con frutas y queso: el segundo
viene cargado con astillas.*

ANDRÉS.
ROSA.
ALBERTO.
ROSA.

Hijos míos.
Buenos días.
Ya estamos todos acá.
Mire usted: frutas y queso
y muchos cuartos.

ANDRÉS.
ROSA.

Qué afán!
Cuando yo tenga mas años,
muy pocos, muy pocos mas,
trabajaré para usted.
Y yo...

ALBERTO.
PERICO.

Vaya, quita allá,
que desde mañana mismo
tengo donde trabajar.
Quién tuviera quince años!
Siéntese usted y verá.
Los señores que en su casa

ROSA.

tantos socorros nos dan,
le regalan á este un traje
y á mi tambien... de pereal,
y dicen que desde luego
á América escribirán,
y tal vez de nuestro padre
por su medio se sabrá.
Si hubiese muerto...

ALBERTO.

PERICO.

Dios mio!

Vaya, vamos á llorar?
mire usted que es mucho cuento!
pues si me enfado... voto á..
Estos arrapiezos... vamos,
quereis dejarnos en paz
ó sino... tomo soleta
y... ¡¡cataplum!! á la mar!
Perico, qué génio tienes.
Perico, serás capaz... *(Breve pausa.)*
Se lo quieres decir tú? *(Con timidez y recelo.)*
Yo? dilo tú.

ROSA.

ALBERTO.

ROSA.

ALBERTO.

ANDRES.

ROSA.

Qué traerán!

Vamos, padre, tome usted...

(Ofreciendo lo que contiene la cesta.)

y tú...

Chicos, me dejais?

PERICO.

ROSA.

ALBERTO.

ROSA.

ALBERTO.

ANDRES.

Ye?

Diselo pronto.

Padre, Rosa quiere...

Bá:

venid junto á mi: sentaos:

qué quereis...?

No lo dirán.

PERICO.

ALBERTO.

Es que hemos visto á Mariana.
durmiendo sobre un portal,
y Rosa y yo deseamos
que ella no vuelva á pasar
las noches con ese frio...

ROSA.

Eso, padre, no es verdad
que si nosotros tenemos
donde poder descansar
es justo que ella tambien..?

ANDRÉS.

ROSA.

PERICO.

Si, Rosa, si: se vendrá.
Ves... qué alegria! la pobre...
*(Digo, quién puede callar
cuando ve tanta nobleza,
en estos chiquillos ya!*
Ea, si mañana mismo
trabajo no alcanzo... ¡Zás!
siento plaza de soldado

y así los podré auxiliar
con la suma que me den.
Y tengo un miedo cervical
á las armas, pero creo
que al oír el rataplán!
se me encenderá la sangre,
y... llegaré á general.)
En qué piensas?

ALBERTO.
PERICO.

Yo pensaba...

No, yo no pienso jamás.

ALBERTO.

Eh! no te apures, Perico,
que todo se arreglará...
Mucho que sentir tendrías,
si fueses un holgazán,
pero así... vamos, no pienses,
que Dios nos protegerá.

PERICO.

Este chiquillo es un libro
con mas hojas que un misal,
y sabe mas que Merlin
y que el cura mosen Juan.

ROSA.

Animó, tras este tiempo (A Andrés.)
otro mejor llegará.

No está usted solo en el mundo
ni tantos motivos hay...

¿es que no nos quiere usted?

ANDRES.

Un beso, mil!...

PERICO.

Aja... já!

Así... nada de suspiros
y mucha conformidad;

ANDRES.

Vamos, hoy os ha pasado
algo de particular.

ALBERTO.

Verá usted, padre.

ROSA.

No cuentés...

A que lo dice?

ALBERTO.

Si tal.

ROSA.

Que no has de callarte, Alberto!

PERICO.

Cuenta, chico, cuenta ya.

ALBERTO

Pues señor, esta mañana,

frente á la casa de Blás,

una anciana, pobrecita,

que apenas si puede andar,

la señora Encarnación,

que ya hacia la muerte va,

venia por la plazuela,

y unos chicos, al pasar

se burlaban de la pobre,

y aun se atrevieron á mas,

cogieron piedras. Yo estaba

muy lejos de aquel lugar,

y vi que Rosa corria

con presteza sin igual,
para ponerse delante
de la anciana. La verdad,
yo creí que los muchachos
se atreviesen... pero cal
corri hasta ellos que atónitos,
no chistaban.—«Que obráis mal.
—les dijo Rosa—lo veis...
»en la vergüenza que os dá,
»mirarme á mí defendiendo
»à la pobre ancianidad.
»Pensad que en sus blancas canas
»à vuestras madres faltais...!
»¿Quién no respeta á su madre?
»quién no la adora? Pasad.»
Cayeronles de las manos
las piedras, y el mas audaz
besó la mano à la anciana,
y todos sin vacilar,
pidieron perdon confusos
con increíble humildad.

PERICO.

ANDRÉS.

ROSA.

PERICO.

ALBERTO.

ROSA.

PERICO.

ALBERTO.

ANDRÉS.

PERICO.

ANDRÉS.

ALBERTO.

PERICO.

No hay alma como la suya,

Criatura angelical,

¿Por qué lo has dicho?

Silencio.

No te permito chistar.

Yo corriendo voy en busca
de Marianita.

Tú irás.

Yo le haré à usted compañía
en su triste soledad.

Yo voy à ver si estas redes
hay quien las quiera comprar.

Vamos, padre, confianza,
que Dios es todo bondad.

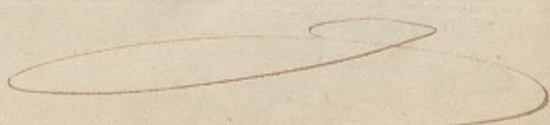
Hijo mio, El te acompañe,
que él con los ángeles vá.

Hasta despues.... ¡Ay Perico!
ó es tu estrella muy fatal
y te estrellas contra un banco,
ó trabajo encontrarás
para evitar que estos pobres
padezcan necesidad.

Que no tardeis.

Volaremos.

Vaya delante el rapaz.



ESCENA III.

ROSA y el Tío ANDRÉS. (*Asomándose á la ventana.*)

ANDRÉS.

ROSA.

ANDRÉS.

ROSA.

ANDRÉS.

ROSA.

ANDRÉS.

ROSA.

Qué grato rumor, qué calma!
Qué hermoso cielo, qué puro.
Y aun lo es mas, estoy seguro,
para el candor de tu alma.
Como refresca mi frente
el vientecillo del mar!
Cuánto me hace recordar
ese espejo. Qué presente
se halla todo en mi memoria...!
Bá... no se entristezca usted.
No sabes cuán triste fué
de mis azares la historia.
En ella tu padre mismo
tomó desgraciada parte
y al fin tuvo que dejarte
de miseria en el abismo.
Ese rico propietario
que vive junto á las eras,
Rosa, si tú lo supieras,
es un misero falsario.
De tu padre la fortuna
y la mia destruyó,
de la miseria salió
y llegó á olvidar su cuna.
Nuestro porvenir decia
que iba á salvar, y su intento
logró con un documento
que hacerle rico debia.
Los dos una cantidad
de él á préstamo obtuvimos
y en un segundo, perdimos
fortuna y tranquilidad.
Tranquilidad! eso no;
que en esa conciencia hay calma
y aquella tendrá en el alma
la desgracia que causó.
Y ver á ese hombre gozar
con la fortuna del pobre!
La paz que en casa nos sobre,
él quisiera disfrutar.
Por eso cuando á pedir
temblando con planta incierta
me acercaba yo á su puerta

nunca me quería oír.
Y es que en su horrible tormento
y en su penosa ansiedad,
la voz de la Caridad
le daba remordimiento.
Qué diferencia de ese hombre
à D. Pablo à quien adoran
cuantos sufren, cuantos lloran;
es un consuelo su nombre.
En hacer el bien gozando
premio del cielo recibe.
Dichoso el que siempre vive,
amor y bienes sembrando!
La casa en que ahora vivimos
à sus bondades debemos
cuando, cuando pagaremos
los bienes que recibimos?
De mi padre...

ANDRÉS.

ROSA.

ANDRÉS.

ROSA.

ANDRÉS.

ROSA.

ANDRÉS.

ROSA.

Sin noticia.
Ya que me falta la madre!
Señor, que vuelva mi padre!
lo espero de tu justicia,
Si, Dios lo querrá.

¿No es cierto?
Cuántos besos le he de dar,
cómo le voy à abrazar!
Dios mío; si hubiese muerto!
Voy à poner la comida.

(*Sube sobre una silla para alcanzar el plato de la alacena.*)

Ya está todo en este plato:
luego à descansar un rato,
vamos, à hacer por la vida.

Allí la tiene usted ya.
(*Entra por una puerta de la izquierda y vuelve à salir.*)

ANDRÉS.

ROSA.

Y tú?

Si yo ya comí.
Me quedo un momento, si;
que hay trabajo por acá.

(*Toma del canastillo de la costura unos pantalones de su hermano y se sienta à coser.*)

ANDRÉS.

ROSA.

¡Bendita seas!

Andando.
No hay porque pasar apuros;
que he de ganar muchos duros
con la aguja trabajando.

ESCENA IV.

ROSA (*dirigiéndose á un Crucifijo.*)

Dios de clemencia,
fuente de amores,
tú que á las flores
aroma das;
tú que fulguras
en las estrellas
brillando en ellas
tu magestad.

Tú, cuyo acento
llena el espacio,
cuyo palacio
corona el sol,
haz que muy pronto
vuelva mi padre,
ya que mi madre
no vuelve, no.

Mas desde el cielo
mis pasos guía;
de allí me envía
rayo de luz...!

¡Madre del alma,
nunca el destino
tuerza el camino
de mi virtud! (*Oyese ruido de voces.*)

Qué ocurrirá? muchas voces
oigo, parece en la playa;
un grupo de marineros
entra ya en aquella casa.
Corriendo Perico viene,
si será alguna desgracia?
Virgen mia, estoy temblando
Dios mio, qué es lo que pasa?

ESCENA V.

Dicha y PERICO, poco despues el TIO ANDRES.

PERICO.

Rosa, Rosa, vengo muerto:
toda mi sangre está helada

ROSA.

Siéntate, pobre Perico.
Qué ocurre? Por qué te callas?

PERICO.

Deja, deja que respire

ROSA.

Sérenate, quíeres agua?
pero di

ANDRÉS.

Qué es esto Pedro, (*Saliendo*),

ESCENA VI.

Dichos ALBERTO y MARIANA.

Hijo mio!

Padre!

Ven.

El cielo tus pasos guía.

Pobre niña!

Qué alegría

se siente al hacer un bien.

Siéntate.

Venid los dos.

Estás mejor Marianita?

Mucho.

Mucho? pobrecita!

Benditos seais de Dios.

Si no es por el pobre Alberto
qué hubiera sido de mí?

Es verdad. Sin duda allí
ahogada me hubiese muerto.

Clarito, pues ya se ve;
lo que en el agua sucede

a todo aquel que no puede...
Vamos, burlon!...

Callaré.

Pues si estoy yo mas contento
que me van a oír los sordos.

Ni con dos mil premios gordos
sentiría lo que siento;

y salto, me da la gana,
y todos nos alegramos

mientras al cielo rogamos
por la salud de Mariana.

Tendrás frío, no es verdad?
toma, toma mi pañuelo.

Si estoy bien.

Angel del cielo!

Eso sí que es caridad.

Pero cómo fué el correr

y cómo te perseguían?

Si los perros la seguían

qué tenía ella que hacer?

Buenos los perritos son;

me embistieron una tarde,

y eso que no soy cobarde,

pero tuve una aprension....

A la Casa de las Eras

ANDRÉS.

ALBERTO.

ROSA.

ANDRÉS.

ALBERTO.

PERICO.

MARIANA.

ROSA.

MARIANA.

ROSA.

ANDRÉS.

MARIANA.

PERICO.

ROSA.

PERICO.

ROSA.

MARIANA.

ANDRÉS.

PERICO.

ANDRÉS.

PERICO.

MARIANA.

pidiendo pan me acerqué.
cuando el criado José
salió diciendo, qué esperas?
»vete, vete á trabajar
»chiquilla, largo de aquí,
— ¿Quién me dá trabajo á mi,
si no lo puedo ganar?
Al contestar de este modo,
el amo gritó impaciente,
soltad á Ali y al Valiente
y que ellos la echen del todo.
En cuanto los vi venir,
corriendo...

PERICO. (Vaya una ardiMa)
MARIANA.

Me diriji hácia la orilla
y ellos seguir, que seguir;
ciega ya, solo invocar
pude á la Virgen, me oyó
y ella á Alberto me llevó
para sacarme del mar.

PERICO. No sé cómo no se ha ahogado
ese valiente... qué chico
un abrazo... así...

ALBERTO.

PERICO.

ANDRÉS.

Pericol
Voto vá, pues no he llorado?
Hacia aquí corriendo viene
un hombre...

PERICO.

ROSA.

PERICO.

Buen paso; lleva
Será una desgracia nueva?
Pues poquita prisa tiene.

ESCENA VH.

Dichos y JOSE.

JOSÉ.

ANDRÉS.

JOSE

Ah de casa.

Bien venido,

Aquí está, mirela Vd. (señalando á Mariana)
Ya verás lo que te espera,
lo vas á pasar muy bien,
ladronzuela...

MARIANA.

ANDRÉS.

ALBERTO.

PERICO.

JOSE.

ANDRÉS.

PERICO.

Santos cielos!
Qué es esto?

Sepamos.

Qué...?

Qué esta pícara...

Muchacho!

Cuidado con eso.

Pues.

JOSE. No la recojan ustedes.

PERICO. Qué, qué es eso; á ver, á ver?

JOSE. Esa chiquilla pidiendo limosna como la ventor.

ALBERTO. Pecas palabras; al grano.

JOSE. Pues hace un momento fué y de encima de una mesa con hipócrita doblez se llevó una cruz de plata.

MARIANA. Madre, no...

ANDRÉS. No puede ser.

PERICO. Quién lo ha visto?

ALBERTO. No es posible.

ROSA. Es falso.

PERICO. Falso.

MARIANA. Tío Andrés!

JOSE. Los que aquí le den amparo son cómplices.

PERICO. Compli... qué?

JOSE. (este siempre ha sido un pillo y el que hace un cesto hará cien). Desde aquí voy en un vuelo á casa del señor juez, y veremos...

PERICO. Habrá tuno?

ALBERTO. yo no lo puedo creer.

ANDRÉS. Pobre Mariana...

ROSA. Infeliz.

MARIANA. Vamos, esto es muy cruel.

JOSE. Por la memoria sagrada de mi madre! yo no sé cómo sospecha ese hombre...

MARIANA. Cómo? Caíste en la red; ya verás...

ROSA. Virgen Santísima, tá que mi inocencia ves...

ANDRÉS. No llores...

ALBERTO. Hija!

PERICO. No llores.

ANDRÉS. Ella robar... Ella? quien?

ALBERTO. tal dice...

PERICO. Chico.

ANDRÉS. Quieto.

ALBERTO. No me puedo contener.

PERICO. Voy á dar parte ahora mismo.

JOSE. Bueno; yo te seguiré.

ANDRÉS. Que no ha de hacer nada bueno quien no tiene mas que hiel!

JOSE. Y ese chiquillo sin duda (Señalando á Alberto.) con ella vino tambien.

ALBERTO.

Qué dice? Fuera, al momento.

ANDRÉS.

PERICO.

Ya tus artimañas sé
y las de tu amo.

ANDRÉS.

PERICO.

(Reprendiéndole.) Perico!!
Me callo por esta vez...
anda, acusa á la inocencia
que ya te darán cordel.
En cierta ocasion, señores,
hizo este hombre, no sé qué,
puso de mas en su casa (Indicando el hurto.)
una alhaja.

José.

PERICO.

Miente usted!
Y fué á ver si Marianita
se la queria vender
en Valencia; buen negocio:
preguntóle el señor juez;
la pobre niña inocente,
cumpliendo con su deber,
respondióle la verdad,
y este hombre en su avilantez
la persigue.

José.

PERICO.

Esa mentira...
Con que eso es mentira, eh?

José.

PERICO.

Dentro de poco veremos.

MARIANA.

ANDRÉS.

PERICO.

Hasta luego. (Vase.)
Hasta despues.
Virgen Santa!

No te afijas.

Calla: yo le seguiré.

Vámonos todos: cuidado...!

(A los marineros y pescadores.)

Los ojos fijos en él,
porque el corazon me dice...

Vamos, vamos: Adios.

ANDRÉS.

PERICO.

Vé,
y el cielo guie tus pasos
Yo voy en un santiamén.
(Vase con los marineros.)

ESCENA VIII.

Dichos menos PERICO y los marineros.

MARIANA.

ANDRÉS.

Tio Andrés, y lo habrán creído?
Hija, qué lo han de creer...?
las palabras del malvado
son de sus obras cartel.

ALBERTO. Si yo fuese mayor...
 ANDRÉS. Bueno.
 Qué harías? nada hay que hacer.
 La calumnia por si sola
 se desvanece. Ved, ved (*Señalando al crucifijo.*)
 al que premia, al que castiga.
 MARIANA. Señor, mirame á tus pies.
 Haz que brille mi inocencia,
 y á los que me juzgan bien-
 dales la eterna ventura
 que yo jamás disfruté!
 Sufrá yo: que gocen ellos,
 que acaben de padecer,
 y que sepan de su padre...
 ROSA. Gracias. (*Besándola.*)
 ALBERTO. Gracias.
 ANDRÉS. Socorred
 á esta infeliz criatura.
 Ven, ángel hermoso, ven,
 que vengan á calumniarte
 que yo te defenderé.
 Mi ancianidad es tu escudo.
 Un abrazo, tío Andrés.
 Y otro, y mil.
 ROSA. Calumniadores!
 ANDRÉS. venid, mirad y temed!

Cuadro.—Mariana recibiendo el abrazo del tío Andrés, estre-
 chando con una de sus manos la de Rosa y besán-
 dola varias veces. Alberto mirándolos con verdadera
 emoción. El tío Andrés estiendo uno de sus brazos
 por los hombros de Alberto. La palabra *temed* la
 pronuncia señalando al Crucifijo. Oyese una suave
 melodía que expresa el carácter religioso de la es-
 cena.

(Cae el telon lentamente.)

ESCENA VIII.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion del acto primero.

ESCENA I.

ROSA Y ALBERTO. — *MARIANA, durmiendo, sentada en una silla y reclinada la cabeza sobre una mesita desvencijada.*

ALBERTO.

Duerme.

ROSA.

Pobre Marianita!

la fatiga la rindió.

ALBERTO.

Y Perico?

ROSA.

No volvió.

ALBERTO.

Qué hombre aquel! bien necesita
que se deshaga este enredo
y que el castigo le den.

ROSA.

No, no ha de pasarlo bien;
mas con todo, tengo miedo.
Y del padre de Mariana,
¿qué se sabe?

ALBERTO.

Que fué herido
en el Perú.

ROSA.

Pues qué ha habido?

ALBERTO.

Una especie de jarana
en donde nuestra marina,
que es española ha probado.
Me alegro. Con que han triunfado?
Si hubo allí una sarracina...
Dicen que quiso el Perú
echarla de mozo guapo,

y ha llevado cada lapo
que está dado á Belcebú.
El Callao, pensó echar
bravatas, mas fué de modo,
que siendo Callao y todo,
se ha tenido que callar.
Méndez Nuñez, que mandaba,
dicen que fué tan valiente,
que toda, toda la gente
la gloria se disputaba.
El señor cura leía
los periódicos ayer;
yo temblaba de placer
á cada letra que oía.
Quién hubiera estado allí,
con fuego en el corazón,
plantado junto á un cañon
y disparándolo... así..
como lo he visto en Valencia
en los días de la Infanta.
Chica, la tropa me encanta
por su gallarda presencia.
Los marinos volverán
muy pronto, y habrá ese día
muchas fiestas y alegría,
¡qué orgullosos se pondrán!
Si yo hubiera ido con ellos
hoy tan ufano volviera,
para que el pueblo dijera:
«Mirad, mirad, son aquellos.»
Y cuando de España el sol
diese en mi rostro tostado,
alumbraría á un soldado
del noble pueblo español.
Alberto, nunca de mi
te separes de esa suerte,
que en la guerra está la muerte
y si te matarán, di?
Ah... no vayas á la guerra,
que si te matan, qué horror!
Esa muerte con honor,
gloria y laureles encierra.
Y el tío Andrés?
Pronto vendrá.
Mandó el alcalde un aviso
diciendo que era preciso
que fuese, y aun está allá.
Cosa será de interés;
todos le quieren... tan bueno!
Siempre tranquilo y sereno

ROSA.

ALBERTO.

ROSA.

ALBERTO.

ROSA.

en la desgracia le ves.
Creo que no ha de tardar,
pues sabes que nunca pasa
las horas fuera de casa,
solo piensa en trabajar.
Qué querrá el alcalde de él?
Soy curiosilla, verdad?
Mujer y curiosidad,
son mosca junto a la miel.
Chis... no sea que despierte.
(Señalando a Mariana.)
Hacia aquí viene... repara,
que algún misterio en su cara
a primer vista se advierte.

ESCENA II.

Dichos y el TIO ANDRÉS.

ANDRÉS.

ROSA.

ANDRÉS.

Hijos...

Qué le pasa a usted?
Como sabeis, el alcalde
me llamó, pero fué en balde,
porque al fin no lo encontré.
Ocupado en su alcaldía
sin duda, pero su hermana
me indicó, que de la Habana
algo decirme quería.
De la Habana?

ALBERTO.

ROSA.

ANDRÉS.

ROSA.

ANDRÉS.

ALBERTO.

ANDRÉS.

Si; Dios sabe
si aun tendremos que llorar!
No, no hay que desconfiar;
justo es que la pena acabe.
Algo sabe usted.

Yo no,
pero el corazón...

¿Qué? Ba.
no sé, no sé, ello dirá.
Vamos, vamos, se acabó.
(Si fuera... mas no es posible.
¡Dios no querrá que Pascual...)
Se entristece.

ROSA.

ALBERTO.

ANDRÉS.

Si algún mal...
(Ah Señor... sería horrible.)
Al entrar en casa he visto
mucha gente en el juzgado.
Perico...

ALBERTO.

ROSA.

Que habrá pasado?

ANDRÉS. No hay que temer, es muy listo.
 (Voces dentro.) Que viva Perico, viva!
 ALBERTO. Qué ocurre?
 ROSA. Vamos á ver.
 MARIANA. (Despertando.) Ay! me vienen á prender.
 ANDRÉS. No temas, lo que motiva
 esos gritos, es sin duda
 otra cosa. Sí.
 ROSA. Es verdad?
 MARIANA. Ya llegan.
 ALBERTO. Vamos, entrad.
 ANDRÉS. La Virgen Santa me ayude.
 MARIANA.

ESCENA III.

Dichos; PERICO, azorado y gente del pueblo.

PERICO. Ah! dejadme que respire.
 No puedo mas, le coji.
 ANDRÉS. Cómo?
 ROSA. ¡Perico!
 ALBERTO. Di pronto.
 PERICO. Esos lo podrán decir.
 Mariana, ya no hay cuidado.
 Pero, qué pasó?
 ROSA. Di.
 ANDRÉS. Di.
 PERICO. Vamos, convénzanse ustedes
 de que no soy tan cerril.
 Se me puso á mi en los cascós...
 Habla.
 MARIANA. Clarito que sí.
 PERICO. Es bueno lo que nos traes?
 ROSA. Y tanto; Perico Gil
 no vendria tan ligero
 solo por veros sufrir.
 ANDRÉS. Acaba, posma.
 PERICO. Paciencia,
 porque ya he dado en el quid.
 Ven acá, Mariana, ven,
 que esto te interesa á ti.
 Pues señor, cuando al mastuerzo
 vieron ustedes salir
 hácia la casa del juez,
 paso á paso le seguí;
 estos venian conmigo,
 (Señalando á los marineros.)

Sospechábalo el mastín,
y volvióse muchas veces
con recelo, yo en un tris
estuve si cojo un canto
y le parto la nariz:
pero dije: cepos, quedos
porque esto no se hace así.
Al verle tan receloso
sospeché su astucia vil
y la mano entre la faja
meter dos veces le vi.
«Alto exclamé...» Sorprendióse,
y se paró el infeliz;
registremos á este mozo,
entre dos lo hicimos, y
la cruz de plata encontramos.
De veras?

MARIANA.

ROSA.

PERICO.

ANDRES.

MARIANA.

PERICO.

Tú,?
Yo...
Con mil
abrazos no habrá bastantes...!
Dios mio, gracias!
De allí

con estos testigos fuimos
al Sr. Juez D. Joaquín,
y le contamos del zorro
la vileza y el ardid.
Ya preso, paga sus culpas
en la cárcel.... qué motin
En andas me condujeron
estos mozos hasta aquí.
El que la debe la paga,
rueda la bola, á vivir:
conque no pongas ya triste
tu cara de querubín.

MARIANA.

PERICO.

Perico, te quiero mucho.
Y yo mas; soy muy feliz.
No he visto mayor descaño
que el de aquel hombre ruin.
Luego confesó que quiso
vengarse de esta, y ahí
teneis el porque venia
ese salvaje del Riff
y si aquí la cruz dejaba
podia despues decir
que esta la habia traído,
pero es muy poco majín,
porque donde están mis ojos
yo no soy grano de anís.
La hilaza de mala tela

la descubro sin sentir.
Tengo un olfato... qué olfato!
Ahora sin pararos, id
à declarar lo que visteis
Vamos. . .

ANDRÉS.
PERICO.

Rosita... jazminí! (A Rosa y á Mariana.)
Buena pieza, Dios te guarde. (A Aberto.)
Ah! valeis un Potosí.

ESCENA IV.

PERICO, poco despues TOMASITO, negro; viene cargado con
sombrerera saco de noche y paraguas, de modo que ape-
nas puede llevar la carga en sus pocas años.

PERICO. Vamos á cuentas, Perico,
hoy debes estar contento;
la pobreza no la siento
y no deseo ser rico.

TOMASITO.

(En la calle.
Eta debe ser la casa,
yo he querido adelantame,
mas no é pesiso que llame
poque sin llamá se pasa.)
Buena tade. (Entrando.)

PERICO.

¡Qué muñeco!
Es un duende.

TOMÁS.

No señó,
soy un neguito.

PERICO.

(Pues yo
al verle me quedé seco.)

TOMÁS.

No está el señó Andé?
(Enseñándole las objetos que trae.)

PERICO.

Qué mono...

TOMÁS.

Ven porque no tardará.
E que el amo viene ya.
(Paseándose con las manos en los bolsillos del
pantalon.)

PERICO.

Pues no sedá poco tono.

TOMÁS.

Tiene una gana de vé
à todos....

PERICO.

Siéntate, chico.
De donde eres tú, buen mozo?
Soy de la Habana.

TOMÁS.

PERICO.

Qué gozoi!

TOMÁS.

Y tú, quién eres?

PERICO.

Perico.

TOMÁS.

Ahora mímome hemos llegado,
y el amo viene corriendo.

PERICO. Miralo, no lo está viendo?
Qué chico! me ha conquistado.

ESCENA V.

Dichos, PASCUAL en traje de viaje. (Está anocheciendo.)

PASCUAL. Andres...
PERICO. Pase usted adelante.
Esta cara?... Sueño yo?
PASCUAL. El es, no me engañe, no.
PERICO. Estoy loco en este instante
PASCUAL. ¡¡Perico!!
PERICO. Señor Pascual... (Abrazándose)
TOMAS. Se quieden... me alegro, así!
(Con inesplicable alegría.)
PASCUAL. Y mis hijos...? donde, di?
PERICO. Vienen al punto.
PASCUAL. Están mal?
Dime adonde; pronto, vamos.
PERICO. Los verá usted en seguida.
PASCUAL. Tengo en un hilo la vida.
PERICO. Es que yo... me alegro, ¿estamos?
(Sin poder hablar dominado por la emoción.)
y si esto á mi me sucede...
Ellos van... á... si señor!
Dios mio... tengo un temblor...
espere V.
PASCUAL. Y ¿quien puede?
PERICO. Loco estoy... vamos... no sé
lloro, me asusto, me río:
tengo calor, tengo frío...
PASCUAL. No vienen... (Con impaciencia)
TOMAS. Dónde...? yo iré... (Oyese ruido de pasos.)
PERICO. Ellos serán... ellos son:
escóndase V. que quiero
anunciarlo yo primero.
PASCUAL. Se me salta el corazón.
PERICO. Vamos, señor, es preciso
porque tal vez la sorpresa...
TOMAS. Do niño vienen por esa
Calle...
PERICO. Yo daré el aviso.
Por el amor que les tiene
PASCUAL. ¡¡Ah! después de tantos años...
hijos míos, entre extraños...!
PERICO. Espere V. que conviene. (Obliga á Pascual á
ocultarse detrás de la cortina que cubre la habi-
tación de la izquierda.)

ESCENA VI.

Dichos, el TIO ANDRES, ROSA Y ALBERTO,

(poseidos de la mayor sorpresa y sin poder casi articular las palabras.)

Este diálogo debe ser lo más rápido posible.

PERICO. Tio Andres...!
ANDRÉS. Me han dicho en la calle
que un caballero...
ROSA. De América.
ALBERTO. Traerá noticias...
PASCUAL. (Saliendo precipitadamente sin poderse contener
en cuanto ve á sus hijos y abrazándose á ellos
con el entusiasmo de un padre.)
¡Mis hijos!
(Los niños se abrazan á él: el tio Andres cae de
rodillas: Tomasillo salta espresando su ale-
gría.)
PERICO. Pues señor nos la hizo buena!
ROSA. Ah...
ALBERTO. Padre!
ANDRES. Pascual!
ROSA. Dios Santo!
TOMÁS. Amo'mio, buena tierra
en donde todos se quieden
y no hay látigos ni penas!
PASCUAL. Hijos míos... (Enjugándose los ojos.)
ROSA. La alegría
ay... ni respirar me deja
ANDRÉS. Pascual, te trajo sin duda
la divina Providencia!
PASCUAL. Padeciendo todos.
PERICO. Vaya!
TOMÁS. pero ahora el pesar se aleja.
PERICO. Perico, tengo deseos
de darte un abrazo.
PERICO. Venga!
ANDRÉS. Es el chiquillo mas mono
que he visto en mi vida, ea.
PASCUAL. Sin saber de ti...
ANDRÉS. Ese hombre
que en la casa de las Eras
vive, cartas recibia
y me contestaba á ellas

diciéndome que mis hijos
vivían á sus espensas:
que tú con ellos estabas
porque la fortuna adversa
acabó en un solo día
con lo poco de la nuestra
y que mi infeliz esposa
gozaba de gloria eterna..

ANDRÉS.

Yo no te escribí ignorando
tu paradero... Si vieras,
él ha sido el que causó
nuestra angustiosa miseria.
El contrato que firmamos
hoy su capital aumenta,
y la caridad del prójimo
nuestra esperanza conserva.

PASCUAL.

Cartas para ti mandé:
en las de esa alma perversa:
él me decía en las suyas
que todos felices erais.
Dudando de sus palabras
tuve la oportuna idea
de volver á España, ayer
llegué con este á Valencia: *(Por Tomasito.)*
desde allí escribí al alcalde,
con la duda el alma inquieta....
Pues por eso...

ANDRÉS.

PASCUAL.

Ver á ese hombre

quise, para que él me diera
las señas de vuestro albergue;
cerrada estaba su puerta.
Pregunté por tí á una anciana,
y me contestó que en esta
casa hace tiempo viviais
mis hijos y tú; y apenas
lo supe, corrí anhelante
por mi ventura suprema.

ANDRÉS.

Dos ángeles son tus hijos,
que en su frente escritas llevan
las virtudes de su madre,
que por todos allá vela.

PASCUAL.

Yo gracias á mi trabajo,
y á la suerte que halagüeña
me sonrió, una fortuna
alcancé por recompensa
de mi trabajo, y hoy vengo
hijos míos, á ofrecéroslos,
y á ti que has sido el amparo. *(A Andrés)*
de ellos dos, á ti que cuentas
por años las desventuras.

ANDRÉS.
PASCUAL.

Pascual!
No permito réplicas,
que ya disfrutar os toca;
y tú, Perico, que alientas
un corazón generoso,
justo es que ya no padezcas.
Yo? pues si yo...

PERICO.
TOMÁS.

Callandito,
que no hace falta la lengua.
Padre, cuanto deseaba
este abrazo!

ROSA.

PERICO.
ALBERTO.

Zalamera.
Yo no sé como he vivido
en tan triste y larga ausencia.

ANDRÉS.

TOMÁS.

ROSA.
TOMÁS.

Vaya, veis como el Señor
atiende á las almas buenas!
Pues no faltaba otra cosa.
que Dios no las atendiera.
Y quien es ese Negrito?
Yo soy Tomasito, nena,
y vivo poque mi amo
ha querido que viviera.
Dierónle muerte á mi made
los hombres bancos que pegan
y á mí me azotaron mucho
poque lloraba por ella.
Entonces el amo vino
me compó por dié moneda
y me tata cariñoso
como si hijo suyo fuera.
Era tan buena mi made...
Pobrecito..!

ROSA.
TOMÁS.

Quien la vieda...!
Mi amo es muy bueno, y le quiedo
porque me abraza y no pega...
(Oyense voces de «fuego»: y atraviesan corriendo
la escena por la parte de la costa, muchos ma-
rineros y gente del pueblo.)

ROSA.
ANDRÉS.
ALBERTO.

Fuego!
Fuego?

ROSA.
ANDRÉS.
PERICO.

Mucha gente
corre y traspasa la cerca.
Mire V. se ven las llamas.
Es la casa delas Eras.
La casa de ese malvado
convertida en una hoguera!
Justo castigo...! lo veis?
Perico, de eso te alegras?
No me alegro, pero Dios
su justicia nos presenta,

ANDRÉS.
PERICO.

TOMÁS.
ROSA. os da á vosotros placeres
y pierde el otro su hacienda.
¡Qué horror!
Yo lo apagaría
ahora mismo si pudiera.
Bendita seas mi encanto!
PASCUAL. Padre, la casa está cerca,
tal vez yo podré hacer algo.
Tú?
ALBERTO. Yo corro...
PASCUAL. Espera, espera..
Si el peligro... Vuelvo pronto.
Que has de hacer tú?
ALBERTO. Deja... Deja... (Vase.)
ANDRÉS. Alberto.
PERICO. Yo voy con él.

ESCENA VII.

Dichos menos PERICO y ALBERTO.

PASCUAL. Señor! me faltan las fuerzas.
(Cae desfallecido sobre una silla.)
ANDRÉS. El que tanto mal nos trajo
ver este rasgo debiera.
TOMÁS. Sigue el fuego, niño Albeto,!! (Llamando.)
ANDRÉS. Pero Pascual...
TOMÁS. Que humareda!
ROSA. Padre!
TOMÁS. Amó mio!
PASCUAL. Dios Santo!
(Haciendo esfuerzos por levantarse.)
ANDRÉS. Perico está allí, no temas,
él lo hará volver...
ROSA. Ahora
han derribado una reja,
y sale gente... Se marchan.
ANDRÉS. En casa del cura entran
donde se habrán refugiado
los dueños... Qué voces, llegan
hasta aquí..
TOMÁS. Yo iré por ellos, (Vase.)
PASCUAL. No puedo mas!
ANDRÉS. Aunque fueras,
el peligro evitarlas?
PASCUAL. Pero... mi... hijo...!
ANDRÉS. Qué grandeza!

Por quien tanto mal nos hizo
su vida al peligro entrega.
Yo voy... vamos...!

PASCUAL.
ANDRÉS. Padre al fin,
no ha de haber quien le contenga.
Padre!...

ROSA.
PASCUAL. Corramos Andres
(*Salen precipitadamente.*)
¡Ay que el cielo nos proteja.!

ROSA. (Al salir Andres y Pascual ven á Tomasito que
viene corriendo.)
Viene Tomas.

PASCUAL.
ANDRÉS. Ellos son!!
TOMAS. Ya están aqui; ya se acercan.
PERICO. Aqui los traigo: que vivan!
PASCUAL. Respiro.
PERICO. Fuera tristeza.!

ESCENA VIII.

ANDRES, PASCUAL, ALBERTO, ROSA, MARIANA, PERICO, TOMAS,
marineros y pescadores.

PASCUAL. Hijo mio!
ROSA. Alberto, ven...
Ven Mariana...
MARIANA. Rosa mia.
TOMAS. Vivan todos!
ALBERTO. Que alegría
se siente al hacer un bien!
PERICO. Un niño, pobre angelito,
durmiendo estaba en su cuna,
hijo del que su fortuna
debe...
PASCUAL. No prosigas.
ALBERTO. Chito.
PERICO. El padre, sin fuerzas ya,
desvanecido cayó,
y Marianita llegó
cojiendo al niño.
TOMAS. Aja... já...
PERICO. Cuando ya el techo abrasado
desplomarse amenazaba,
Alberto entonces entraba,
y yo, sereno á su lado.
Al padre le condujeron
á casa del Sr. Cura,
y á esta, resuelta y segura
entrar con el niño vieron.

ROSA. *(Besándola con frenética alegría.)*
Si es muy buena, toma, ten...
ANDRÉS.
TOMAS. Hija mía... Bien... mejó...
PERICO. Alberto también salvó
muchas alhajas.
TOMAS. Bien, Bien!!
ANDRÉS. A los que os hicieron mal
con un bien pagais.
PERICO. Qué gusto!!
PASCUAL. Dios, hijos míos, es justo!!
ANDRÉS. Qué ángeles tienes, Pascual!!
PASCUAL. Y esta niña?
ROSA. Es Marianita.
PASCUAL. Murió hace poco su madre,
Teresa?
*(Marianita hace una señal afirmativa en el ma-
yor abatimiento.)*
Pues á su padre
he visto.
MARIANA. Virgen bendita!!
PASCUAL. A Cádiz también llegó
la fragata vencedora,
cuando la nuestra; y ahora...
MARIANA. Gracias...! El cielo me oyó!
Y está bueno?
PASCUAL. Es un valiente.
Ya por fin curó su herida.
Tiene licencia pedida...
y vendrá inmediatamente.
MARIANA. Ah! soy feliz...
PERICO. Todos.
TOMAS. Si...
PERICO. Qué contento estás Perico!
Pues es claro, vaya un pico!
ya ha entrado la suerte aquí!
¿quién en los dolores piensa?
ALBERTO. *(A Mariana.)*
Cesó tu angustioso anhelo.
PERICO. Al bien que hicisteis, el cielo
hoy os da la recompensa,
y á los malos... ved... allá...
*(Al dirigir la vista hacia la casa de las Eras
atraviesa el fondo el criado José, custodiado
por gente del pueblo.)*
Un preso...
MARIANA. Qué desgraciado!
PERICO. Te ofendió ya la ha pagado:
fué ladrón!
TOMAS. Pues bien está.

ANDRES. Tengámosle compasión.
 PERICO. Acusó en falso á Mariana.
 TOMAS. Pues ya perderá la gana.
 ROSA. (A Mariana.) Me quieres?
 MARIANA. De corazón.
 PERICO. Ya le seguirán la pista
 y encontrará su escarmiento.
 Anda, que venga al momento
 y que los perros te embista.
 Y de la casa de enfrente?
 Poco se pudo salvar.
 ROSA. Qué lástima...!
 PERICO. Va á pagar
 ahora su cuenta corriente.
 PASCUAL. No, Perico, en paz dejemos
 á quien desgracia nos trajo:
 nosotros con el trabajo
 siempre con justicia obremos.
 ROSA. Si esos pobres pecadores
 mañana nos piden pan,
 nuestras manos les darán.
 ALBERTO. Perdon á nuestros deudores.
 TOMÁS. Eso dice el pade nueto
 que el amo á mi enseñó
 y nunca lo olvido yo.
 PERICO. Vaya un muchacho completo!
 ANDRÉS. Dios premia vuestra honradez
 dándoos placer y fortuna.
 TOMÁS. Ya viene á vernos la luna.
 (La luna va apareciendo en el horizonte y refle-
 jando en el mar.)
 ROSA. sale del mar como un pez.
 ALBERTO. Siempre viviremos juntos.
 PASCUAL. Y Perico...?
 Yo lo creo:
 ya verás que bien te empleo.
 PERICO. Arreglaré mis asuntos.
 Eje... jé... jé... voy á ser rico.
 No habrá pobres á milado.
 ALBERTO. Firme, valiente soldado!
 PERICO. No hay quien le tosa á Perico.
 PASCUAL. Vosotros tomad... desde hoy
 tendreis trabajo.
 (Da dinero á los niños para que lo repartan entre
 los pobres marineros y pescadores.)
 Un hombre del pueblo. Qué minal!
 PASCUAL. La carretera vecina
 por mi cuenta á tomar voy.
 Otro hombre del pueblo.
 Dios bendiga vuestras manos.

ANDRÉS.

PERICO.

TOMÁS.

Ya eres feliz, Rosa mía.

Tú ves, Tomás?

Qué alegría!!

Parecen todos hermanos.

Así con serena calma,
bendiciendo nuestra suerte,
venga sin temor la muerte,
mientras, haya fé en el alma.
Del mal el castigo en pos
y el premio al bien en la tierra;
tales misterios encierra
la sabia mano de Dios!

(Al terminar este verso suena la primera campanada del toque de oraciones.)

Cuadro final. (Rosa, Alberto y Mariana distribuyen dinero entre los pobres, que les besan las manos. Pascual abraza a sus dos hijos. El tío Andres coloca una de sus manos sobre la cabeza de Mariana en actitud de bendecirla. Tomás y Perico forman grupo aparte. La escena estará iluminada por los resplandores del incendio y el pálido fulgor de la luna reflejando en el tranquilo oleaje. La luna irá elevándose majestuosamente, mientras la campana de la ermita, al compás de una salve cantada por los niños da el toque del Ave-Maria. Todos se arrodillan al oír la primera campanada.

CORO.

Reina del cielo
flor virginal,
tú das al alma
la dulce calma
del bienestar.
Gracias, Señora,
luz inmortal,
gracias te damos;
de ti esperamos
consuelo y paz.

NOTAS. Si por las dimensiones del escenario no es fácil la division en dos partes, como se indica en el primer acto, podrá representar la escena la costa, con la puerta de la cabaña del tío Andrés á la derecha del actor, y á la izquierda una especie de capilla con un crucifijo. De modo que todas las escenas que pasan en el interior de la casa cuando el escenario está dividido, se supondrán fuera. A la puerta de la cabaña un banquito en donde pueda estar sentada Mariana con la cabeza reclinada. Este banco, es el que sustituye en la escena á la silla, que debia estar en el interior de la casa, siendo posible la division.

— La persona encargada de la direccion debe cuidar de que las escenas en que el interés crece por grados, vayan con rapidéz, como sucede por ejemplo en las dos en que sale Pedro agitado. En ellas debe contrastar el deseo de saber que demuestran los interlocutores, con la calma aparente de Pedro.

— Si no fuera posible que los niños cantasen los coros, puede comenzar la representacion desde el momento en que Pedro se despidе de sus compañeros y se dirige á hablar con el tío Andrés, suprimiendo tambien la plegaria final, pero presentando el cuadro en la forma que se indica en las observaciones correspondientes.

*Esta obra fué aprobada por la censura de Teatros
en el mes de Diciembre de 1867.*

En virtud de lo que se ha acordado en el
Consejo de Indias de El Escorial, de 15 de Mayo de 1564, y en
virtud de la Real Cedula de 15 de Mayo de 1564, en virtud
de la Real Cedula de 15 de Mayo de 1564, en virtud
de la Real Cedula de 15 de Mayo de 1564.

En virtud de lo que se ha acordado en el
Consejo de Indias de El Escorial, de 15 de Mayo de 1564, y en
virtud de la Real Cedula de 15 de Mayo de 1564, en virtud
de la Real Cedula de 15 de Mayo de 1564, en virtud
de la Real Cedula de 15 de Mayo de 1564.

En virtud de lo que se ha acordado en el
Consejo de Indias de El Escorial, de 15 de Mayo de 1564, y en
virtud de la Real Cedula de 15 de Mayo de 1564, en virtud
de la Real Cedula de 15 de Mayo de 1564, en virtud
de la Real Cedula de 15 de Mayo de 1564.

Se vende á cuatro reales el ejemplar en Madrid en la administracion de *El Madrileño*, San Mateo, 22, bajo, y en las oficinas de la *Biblioteca dramática infantil*, San Carlos, núm. 10, pral.

Dirigiéndose á estos puntos, se remitirá á provincias acompañando el importe á razon de 5 rs. ejemplar y con el 20 por 100 de rebaja, si pasa el pedido de diez ejemplares.

Las cartas que se dirijan al segundo punto de venta, vendrán á nombre del autor.

La música de los coros se vende en *El Centro Musical*, calle de Cádiz, núm. 16, á 12 rs. las dos piezas para canto y piano.